

La Guardia Civil desmantela un cultivo de drogas en una casa de Villafranco

Se han intervenido en una vivienda cerca de 40.000 dosis de cannabis

REDACCIÓN BADAJOZ

Tras una investigación de varias semanas la Guardia Civil ha detenido a un vecino de Villafranco del Guadiana acusado de realizar cultivos de estupefacientes en su domicilio. Un pasillo de la vivienda había sido transformado en planta de elaboración de cannabis *Sativa-L*, más conocida como marihuana, abarcando todo el proceso de crecimiento desde el cultivo hasta el secado de la planta, con el posterior análisis para comprobar la 'calidad' de la mercancía conseguida.

La Guardia Civil comenzó a sospechar cuando este domicilio de Villafranco del Guadiana era frecuentado por jóvenes tanto de esa población como limítrofes, que extrañamente permanecían cortos periodos de tiempo en la casa.

Tras las primeras investigaciones se llegó a la conclusión que en el inmueble, en el que vivía una pareja de jóvenes, se traficaba con marihuana.

Durante el registro del domicilio, la Guardia Civil comprobó que un pasillo de la casa había sido transformado en una auténtica planta de elaboración. La marihuana se cultivaba en el patio trasero de la vivienda ocultas a la vista por unas lonas opacas. Con dicha instalación que permanecía



GUARDIA CIVIL

Agente de la Guardia Civil junto a la droga incautada en Villafranco del Guadiana.

en total oscuridad, el dueño del domicilio conseguía acelerar el proceso de crecimiento y floración de las plantas, variando los periodos de día-noche, de manera que se conseguía una floración más rápida.

Dentro del dormitorio del detenido los agentes encontraron un armario totalmente acondicionado con el fin de permitir que la marihuana se mantuviera en condiciones óptimas de conservación.

Las plantas estaban clasificadas en diversas cajas por clases y fechas de recolección.

Junto con la droga incautada también fueron intervenidas una balanza de precisión para poder pesar y distribuir la marihuana, un triturador para moler la droga una vez seca, dinero en metálico y una caja con sustancias químicas utilizadas para comprobar la calidad de la sustancia que se iba obteniendo.

El detenido junto con los efectos y las drogas intervenidos fueron puestos a disposición de la Autoridad Judicial.

Robo en Zafra

Por otra parte, J.B.G. de 29 años de edad ha sido detenido como presunto autor del robo de un equipo de soldadura, dos altavoces, una cartera y dinero en metálico en una nave sita en Fuente del Maestre.

Un detenido tras robar en cabinas telefónicas en Sinforiano Madroño

REDACCIÓN BADAJOZ

E.J.C.P. de 39 años de edad ha sido detenido por la Policía Nacional mientras robaba en las cabinas telefónicas de la Avenida Sinforiano Madroño en Badajoz. El detenido fue sorprendido por un agente que iba de paisano. Tras un forcejeo con el policía, E.J.C.P. consiguió huir pero fue detenido nuevamente en las proximidades del Paseo de San Francisco oponiendo resistencia a la actuación policial hasta su traslado y detención.

Barriada de San Fernando

Por otra parte, dos individuos que intentaban sustraer una furgoneta en la Barriada de San Fernando fueron sorprendidos por los propietarios del vehículo alertados por el ruido en la calle.

Desde su domicilio comprobaron que su vehículo de su propiedad estaba siendo manipulado. El propietario y su hijo bajaron a la calle e intentaron evitar el robo mientras eran agredidos por los dos asaltantes.

Tras el forcejeo, uno de los ladrones, J.G.G. de 32 años de edad, fue retenido por el dueño de la furgoneta, hasta que llegó la policía que fue avisada por los vecinos.

MIGUEL ALÍA PLANA

Objetivo: Sarajevo

A las seis de la mañana, calor, telones marengo en un cielo horizontal, sin ningún alivio azul que nos recuerde julio, y una carretera estrecha que serpentea y se enrosca. Los montes, torvos y cerrados, como una mala conciencia, que no perdonan ni el barranco ni la caída, se revelan verdes y morados al ojo de viajero. En las revueltas del camino, lápidas negras, con los nombres de jóvenes que ya no envejecerán y unas fechas que alimentará el dolor de una familia, de dos, de veinte, sabe Dios de cuántas...El tajo del río Neretva al costado, disciplinado por un cauce en el que se suceden presas y alguna central eléctrica. Si no fuera por la crueldad y el horror que asoman en las conversaciones de los camaradas que vivieron la primera misión española, el paisaje nos llevaría de la mano a Galicia o a Asturias. A un norte suave, lejano y melancólico, sin metrallazos ni impactos en las fachadas de los caseríos y sin una pirámide de muertos tras los ojos grandes de los niños.

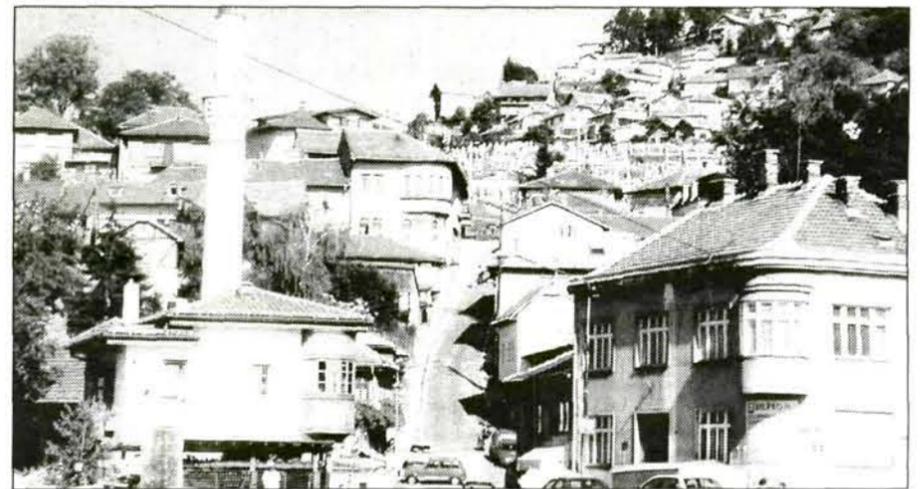
«Hoy va a hacer calor», dice el Comandante Ibáñez a mi lado, en el Nissan, mientras se concentra en la carretera. «Con este sonido —se refiere al motor recién reparado— parece de buen conformar. Aguantará más que la sábana de abajo», remacha, con media sonrisa, repitiendo una frase graciosa oída hace poco a su intérprete, Mila. En la parte trasera del vehículo flamea una bandera rojigualda.

Camiones destartados se cruzan con coches europeos de gran cilindrada y el tráfico reclama atención y frenazos. Pronto se observa una extraña competición, los antiguos enemigos se enseñan, sin decir palabra, sus dientes de tiburón siempre

hambriento; un ruidar de manada alobada que espera repetir la ocasión de hace años: a cada pueblo con iglesia católica y campanario espigado, se enfrenta un minarete recién levantado, con el aire de una postal de Santa Sofía, mientras se parchean las fachadas de las casas y en los portales se amontona la leña del invierno. Por dentro, cada bando ajustará la contabilidad de sus muertos para girar una letra al vecino, de coste muy alto. Los cementerios musulmanes nos recuerdan constantemente que hubo guerra, con sus turbantes de rey mago en lo alto de una columna, en vez de la cruz, y las frases árabes en las lápidas. Hace calor, los niños caminan en hilera rumbo a la escuela, por cunetas y caminos quizás minados. Las ancianas, con pañuelo a la cabeza y colorines en las faldas, pierden la mirada a través de nosotros. Somos de cristal, transparentes. En cada pueblo, casas derrumbadas, más mezquitas, y la vida cotidiana, como una enredadera que sube, a pesar de todo, por un árbol quemado.

Después de casi tres horas de piedra, entramos en Sarajevo por la avenida de los francotiradores. Altas torres de los años setenta, desangeladas y frías, cuajadas de boquetes, con las esquinas romas por los disparos de la artillería serbia; pobres arlequines de hormigón y cristal con su traje de cuadros hecho pedazos. No hay fachada sin zarpazo de metralla.

«Aquí es donde cazaban los francotiradores», le digo al comandante. En sus bulevares, trazados con tiralíneas de cemento, se desplegaban los lobos del fusil de precisión. Cobraban sus piezas entre los civiles, como si fueran conejos o las dianas de



BRIGADA EXTREMADURA

un tiro al blanco de feria. Se cierra el estómago al pensarlo, como cuando se ve la primera casa machacada o la primera manzana aplastada. La ciudad está rodeada de colinas y, entre cementerios urbanos, las casas trepan hacia lo alto.

Caminamos por calles con aire alemán e italiano, de aquellos años elegantes que murieron en un puente de esta ciudad, cuando asesinaron al Archiduque y empezó otra guerra, hoy muy lejana. Las calles del centro esconden casas de cuento y palacios ametrallados que recuerdan la película 'Doctor Zhivago'. Se abren las tiendas, mientras nos fijamos en mujeres indiferentes a nuestra presencia, con figura de portada de revista o de anuncio de perfume, rubias y hermosas.

Entre la multitud, hombres jóvenes con piernas ortopédicas recuerdan, para vergüenza de Occidente, que ingenieros pacientes, probablemente honrados padres de familia, fabrican minas como cajetillas de tabaco, que solamente mutilan a quien las pisa. Las terrazas, los puestos de flores intentan desmentir las primeras impresio-

nes; los kioscos, con una prensa que suponemos rosa y con periódicos de tirada internacional. Niños zingaros piden limosna y nos saludan militares italianos y franceses, compañeros de misión.

Cuando volvemos al aparcamiento, pasamos delante de una mezquita a la hora en que salen los niños de la escuela coránica. Me pregunto qué les enseñarán. Un adulto con barba a mitad de pecho les despidió, mientras una señora de unos cincuenta años reza ante una tumba musulmana. A nuestra espalda, y entre farolas taladradas por los disparos y las esquirlas de las explosiones, resopla un tranvía tan antiguo como los dinosaurios. Y otra vez el camino de vuelta, las horas reglamentarias por curvas y curvas hasta nuestro destacamento "Mostar-España".

Al llegar, nos saluda un helicóptero que bate alegre el tambor del aire.

Anochece.

Miguel Alía Plana es capitán del Cuerpo Jurídico del Ejército, desplazado en Bosnia con la 'Agrupación Extremadura'